

Diferencia entre la humanidad y la animalidad

La referencia al alma y a la capacidad de raciocinio permitiría distinguir al hombre y a los animales del resto de las especies; a pesar de que los filósofos de la antigüedad consideraban que los animales también tenían alma.

Por otra parte, otro grupo de pensadores establecen que la distinción entre el hombre y los demás seres vivos es una diferencia de cualidad, no únicamente de grado; existiría un principio que le pertenece en exclusividad y que constituiría una separación radical entre el hombre y el animal. Si consideramos a diversos autores del mundo antiguo y medieval, la diferencia básica entre hombres y animales estaría en el hecho de que el hombre poseería un alma espiritual, no reducible a los elementos materiales del cuerpo humano.



Muchos filósofos debaten sobre la diferencia entre el hombre y el animal: algunos postulan que es una diferencia de cualidad; otros, que la diferencia sólo es de grado.



Con el tiempo, muchos filósofos se permitieron ahondar en estas cuestiones y preguntarse también si los animales tenían sentimientos; la mayoría respondió negó terminantemente esta idea. Podemos decir, por lo tanto, que el hombre es el único ser vivo que tiene alma, razón y sentimientos.

En la realidad, es fácil percibir que entre los seres vivos, fundamentalmente en el reino animal, ocurren fenómenos de conducta individual. La *etología*, es la disciplina que se ocupa de analizar las conductas de los animales de todos los niveles zoológicos. Sin embargo, también puede verse que las conductas de los animales son explicables en función de factores de carácter instintivo; como comportamientos que son impulsados por indicadores “programados” en relación a determinadas circunstancias.

En el hombre, en cambio, si bien se reconocen ciertos comportamientos impulsados por factores de índole biológica y también instintiva, existen conductas que no pueden explicarse como originadas en una tendencia instintiva. En la mayor parte de los comportamientos humanos, no se da la motivación a través

de la manifestación activa y automática de un instinto o de un deseo; sino que existen otros impulsos, sobre todo los de carácter racional o emocional, que es su signo diferencial respecto del resto de los seres vivos.

La Antropología filosófica, como venimos desarrollando, plantea en términos filosóficos el problema del hombre y su principal interrogante de determinar qué es el hombre. Se trata de identificar aquello que constituye su esencia, aquello que lo distingue con respecto del resto de los seres, especialmente de los seres vivos; una característica que sólo los seres humanos posean por el sólo hecho de ser humanos.

Prácticamente todos los filósofos que se han planteado esta interrogante, identificaron como tal elemento la posesión de la facultad de raciocinio, la razón. Ello se sintetiza habitualmente en la expresión de Aristóteles conforme a la cual *“el hombre es un animal racional”*; por oposición a los animales, aun los más evolucionados en la escala zoológica, que actúan en base al *instinto*.

Reconocido y aceptado que también los seres humanos están sometidos a necesidades vitales e instintos; es asimismo una idea que aparece siempre en el pensamiento filosófico, la de que, justamente, la superación del individuo resulta de alcanzar una capacidad de obrar por encima y, a pesar, de sus impulsos instintivos; lograr que sean sus facultades intelectuales las que determinen su conducta, tanto en función de su conocimiento o *ciencia*, como en función de ciertos criterios valorativos frente a sí mismo, conciencia.

La investigación y la experimentación biológica, ha conducido a determinar en muchos casos, conductas de los animales que aparentemente responderían a un raciocinio, por lo menos en un enfoque práctico. Especialmente, existen numerosos ejemplos de lo que se denominan *los reflejos condicionados* de diversas especies animales. Incluso, existen conocidos estudios acerca de comportamientos bastante complejos de seres como las hormigas o las abejas, por ejemplo.



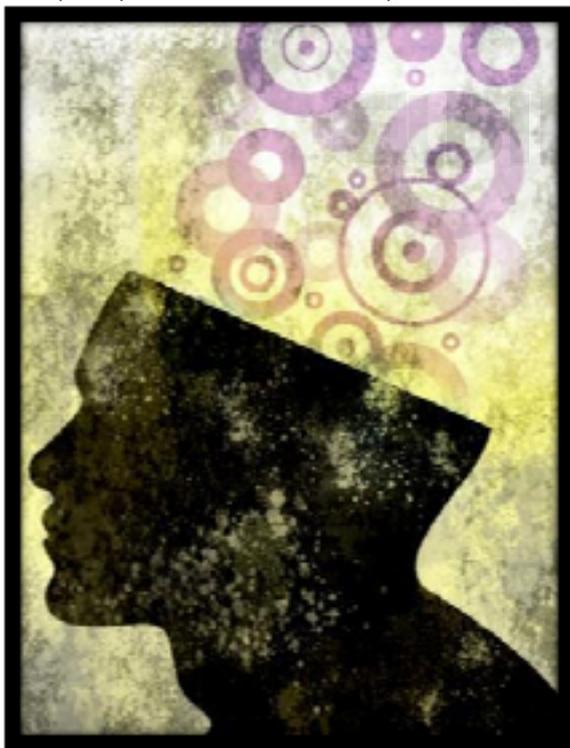
Ivan Petrovich Pavlov fue un fisiólogo ruso discípulo de Ivan Sechenov y ganador del Premio Nobel en 1904 por sus investigaciones. Éstas fueron la base para llevar a cabo numerosos estudios que fueron el pilar del Condicionamiento Clásico.

Sin embargo, la resultante final de esos estudios, conduce a advertir que esos comportamientos constituyen un tipo de respuestas automáticas, esencialmente resultantes de vinculaciones *aprendidas* entre una acción y un resultado.

Lo que esencialmente diferencia esos comportamientos *programados* de los animales adiestrados - o los que puedan haber adquirido incluso en la vida en su *hábitat* propio - respecto de los comportamientos racionales de los seres humanos, reside en que el hombre emplea a esos fines otras facultades, que le son absolutamente propias y exclusivas: la inteligencia y la voluntad.

La facultad de la inteligencia, que caracteriza a los seres humanos, está constituida fundamentalmente por la capacidad de interpretar la realidad, no solamente en sí misma, sino más allá.

El origen etimológico latino de la palabra *inteligencia*, se compone de sus raíces *intus* y *legit*, que respectivamente significan *interiorizar* y *captar* o *leer*; es decir que *inteligere* es equivalente a leer o captar lo que hay en el interior de las cosas y, sobre todo, en el interior de las relaciones de la realidad.



La inteligencia humana posee ciertas características que le son específicas y la diferencian de todas las restantes facultades de los seres vivos:

➤ Posee la capacidad de abstracción; es decir, que su percepción va más allá de lo concreto en cuanto percibe el modo de existir en abstracto, de los elementos individuales existentes en la realidad.

En ese sentido, cabe hacer la distinción entre una *inteligencia práctica*, que se aplica directamente a encontrar los medios adecuados para llegar a un fin; y la *inteligencia contemplativa*, que analizando la realidad extrae de ella relaciones y trata de obtener un

conocimiento sobre el ser mismo de las cosas.

- Posee la capacidad de interpretación. Si por una parte la inteligencia, depende de la información que proviene del conocimiento sensible; está conformado por un resultado final de entendimiento de esa realidad, la capacidad de interpretar todas las relaciones extraídas de la información obtenida, para alcanzar el conocimiento del nivel más superior.

Se trata, por tanto, de un conocimiento que permite tener una representación coordinada, coherente, armónica de la realidad o de una concepción intelectual; de tal modo que la razón encuentra que ha logrado conocer la totalidad del objeto de su análisis, comprender sus orígenes causales, sus pautas de funcionamiento, sus finalidades, anticipar todas las posibilidades de ocurrencia. Como consecuencia de la interpretación inteligente de la realidad, es que *el hombre adquiere la verdadera posibilidad de poner en actuación todas sus restantes facultades*, especialmente la *voluntad*, para obrar en la forma adecuada.

- Tiene la capacidad de captar su propia existencia. Los órganos sensoriales pueden percibir sensaciones externas, pero nunca pueden percibirse a sí mismos. Por otra parte, un sentido sólo puede percibir las sensaciones actuales; en tanto que la inteligencia, auxiliada con la memoria, puede volver repetidamente sobre sus propias percepciones y volver a procesarlas una y otra vez; lo que le permite revisar los propios entendimientos y raciocinios previos, ya sea para ratificarlos o modificarlos.

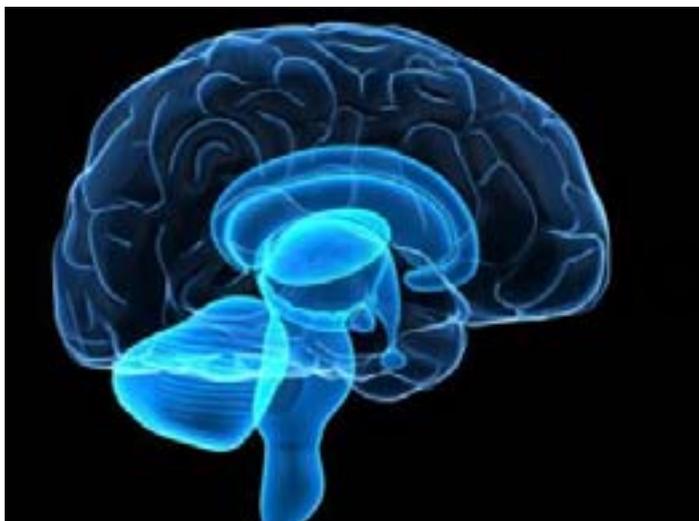
Este proceso, que los filósofos designaron como *reflexión*, no tiene sin embargo equiparación posible con los fenómenos físicos de ese tipo; porque no opera sobre ningún elemento que tenga una existencia material, sino que su existencia es absoluta y puramente intelectual. La conciencia de la propia existencia es asimismo un resultado racional, en la medida en que, desde un punto de vista lógico, la propia acción de dudar de la existencia está confirmando esa existencia, porque la duda no podría existir si no existiera el que duda.

- La inteligencia no es un objeto corpóreo; la inteligencia humana siempre supera todas las posibilidades mecánicas de procesamiento del conocimiento de la realidad. La inteligencia no es medible ni es divisible; pero de todos modos, la capacidad de "entendimiento" de la realidad, la inteligencia de una persona, no guarda una relación *matemática* de proporcionalidad con el volumen del conocimiento que haya adquirido.

La intuición, que constituye un modo de adquirir conocimiento, es al mismo tiempo uno de los conceptos que más dificultad presenta para su exposición; al punto de que algunos han expresado que es un concepto que sólo puede adquirirse intuitivamente.

Por lo general, se expresa que la intuición es la vía por la cual se adquiere un conocimiento por directa apreciación racional; un conocimiento que se impone al intelecto en forma inmediata. Los filósofos han distinguido entre: *La intuición sensible* — que es aquella forma de intuición en la cual el conocimiento directo es adquirido respecto de las llamadas cualidades primeras de los objetos sensibles, también llamadas *percepciones simples* y *la intuición intelectual* que aporta el conocimiento de las ideas innatas cuya consideración como verdades resulta axiomática, en el sentido de que no existe ni necesitan demostración.

El conocimiento intuitivo debe distinguirse de aquel que, aunque parece tener un contenido axiomático y totalmente apriorístico, en realidad es resultado de procesos de razonamiento.



La intuición, que constituye un modo de adquirir conocimiento, es al mismo tiempo uno de los conceptos que más dificultad presenta para su exposición; al punto de que algunos han expresado que es un concepto que sólo puede adquirirse intuitivamente.

Del mismo modo, debe distinguirse el conocimiento racionalmente axiomático de ciertas afirmaciones que en realidad son dogmáticas, en cuanto se parte de ellas como datos inamovibles sin que en realidad se justifique hacerlo así.

Otro concepto que no debe confundirse con la intuición en sentido filosófico, es el concepto a veces utilizado del término *intuición* para referirse a ciertas *anticipaciones* o *revelaciones* o *inspiraciones* que ocurren en el estudio y en la investigación; en que surgen hipótesis o eventuales conclusiones respecto de un tema enfocado en la atención, que en algunos casos podrán ser ulteriormente verificadas por métodos científicos.

En estos casos, lo que existe es, sin duda, un proceso no totalmente consciente del raciocinio, por cuanto, necesariamente, son resultado, no de una aprehensión directa del conocimiento, sino de la elaboración de conocimientos previos.

En el hombre existe una dimensión evidentemente no material, que da a su ser una condición no reducible a lo material, que la filosofía y la religión denominan espiritualidad. En particular, ante el fenómeno de la muerte, aparece claro que existe una diferenciación entre lo físico y lo espiritual.

La ciencia enseña cuál es la constitución material del ser humano, a partir de su composición química conformada por los átomos de los distintos elementos, su combinación en moléculas, su integración en células su diferenciación en tejidos. La fisiología expone la dinámica de los procesos vitales; aunque en definitiva no haya logrado establecer precisamente en qué consiste en sí mismo el fenómeno llamado *vida*. Extinguida la vida por la muerte, la ciencia ha permitido conocer incluso los procesos por los cuales el cuerpo material desintegra sus componentes, y de acuerdo con la Ley de Lavoisier, seguramente sus sustancias materiales se transforman en otras.

Pero a todos parece evidente que, mucho más que su cuerpo físicamente considerado, la identidad propia del hombre resulta de ciertas dimensiones no materiales, psíquicas, morales, culturales, afectivas; algunas de las cuales también suelen ser cambiantes a lo largo de su vida, pero que de todos modos conforman una unidad esencial de su ser, que mantiene su propia identidad a pesar de esos cambios.

Cada ser humano conforma una totalidad individual y propia, que permanece idéntica a sí misma durante toda su vida, no obstante, todos los cambios que puedan afectarle en todos los órdenes.

El reconocimiento de esa dimensión no material del ser humano, ha llevado a sustentar la concepción de la existencia del alma, no solamente en su enfoque religioso sino también desde el punto de vista filosófico; al punto de que han existido y existen muchas concepciones para la cuales el hombre es principalmente su espíritu y que su cuerpo es un mero instrumento de él.

Una vez admitida la existencia del alma, surgen de inmediato las cuestiones relativas a cuál es su naturaleza y cuáles sus relaciones con el cuerpo.

Indudablemente, todas las cuestiones referentes al ser y a la naturaleza y relaciones del alma, son cuestiones esencialmente filosóficas, en la medida en que su propio planteo tiene su origen en la reflexión intelectual. Admitido que lo que caracteriza al hombre en su esencialidad es su trascendencia respecto de

lo meramente físico - su reflexividad, su voluntad, su libertad, su moralidad, capaz de haber producido entre otras muchas, realidades abstractas como lo son el arte, la política, la religión, el lenguaje - todo lo que, en definitiva, constituye su espiritualidad; necesariamente ha de asignarse al alma humana una naturaleza espiritual, ajena a la materialidad del hombre mismo, una forma de vida interior que opera subjetivamente en cada individuo a lo largo de toda su existencia.

Existen dos posturas generales básicas en torno a la cuestión del alma; aquella que la considera un ser único e individual; y aquella que le atribuye una existencia trascendente y eterna, por lo cual es anterior a la existencia del cuerpo.



Desde los primeros filósofos el tema del alma estuvo en el centro de las discusiones ya que ésta, de confirmarse las teorías de algunos filósofos, sería un elemento importante para definir al ser humano.

Naturalmente, se trata asimismo de un tema fuertemente ligado a las concepciones religiosas; por lo cual, dentro de la cultura occidental, está intensamente comprendido en las doctrinas religiosas y también filosóficas del cristianismo; a pesar de que en realidad es anterior a él.

Platón desarrollaría la primera concepción estructurada acerca de las cuestiones del alma. Sostuvo que el cuerpo humano es una realidad siempre extraña al alma, con el cual ella tiene una unión accidental; unión que constituye para el alma una limitante de su desenvolvimiento, por lo cual ella debe gobernarlo adecuadamente. El ser propio del hombre es su alma, que necesita y utiliza el cuerpo; pero que, en definitiva, habrá de liberarse de él para poder realizarse plenamente.

Aristóteles sostendría la concepción sustancial de la unión del cuerpo y el alma, como una única sustancia verdaderamente existente que es el hombre.

Sus concepciones influyeron decisivamente en los principales filósofos cristianos, especialmente Santo Tomás de Aquino y René Descartes; cuya doctrina, como bien adelantamos, ha sustentado el concepto de la inmortalidad individual del alma humana. Para ellos, el alma es la verdadera sustancia; que si bien es incompleta en cuanto necesita del cuerpo para concretar sus potencialidades, se proyecta por sobre el cuerpo en sus actividades espirituales.

La expresión *persona* rememora el nombre dado a las máscaras que en el teatro griego se colocaban los actores para encarnar a los personajes de las tragedias; y que, por lo tanto, exterioriza no solamente su aspecto físico sino también las características íntimas de cada personaje. El hombre como persona, tiene esencialmente una naturaleza racional. Es el componente espiritual lo que realmente hace de cada persona humana un *individuo*; en el sentido de un ser propio, distinto y subjetivamente único a lo largo del tiempo y de las variaciones de sus elementos vitales, tanto los materiales como los incorpóreos.

En los estudios filosóficos, el tema de la voluntad ha sido encarado tanto como un componente psicológico como algo especialmente vinculado a las cuestiones morales o religiosas; y aún desde el punto de vista metafísico, como un motor de los cambios.

La voluntad se presenta como una actividad abstracta, intelectual del hombre, que se concreta esencialmente en la toma de una decisión.

Existe un proceso de la voluntad, en el cual generalmente se reconocen:

El surgimiento o la incorporación en la conciencia *de los motivos*, que constituyen determinantes de naturaleza intelectual; *de los móviles*, que constituyen determinantes de orden emocional o afectivo. Generalmente, los motivos y los móviles no se distinguen claramente sino que operan de forma entremezclada.

De todos modos, debe distinguirse claramente el acto de voluntad de la acción ideo-motriz. El primero corresponde, en alguna medida, a un proceso en que participa alguna forma de raciocinio; en tanto que la segunda designa acciones, que si bien corresponden fisiológicamente a los fenómenos voluntarios, en realidad se realizan sin un análisis racional específicamente referido a esas acciones, aunque ellas puedan ser instrumentos de cumplimiento de decisiones voluntarias de otro nivel.

La decisión, que consiste esencialmente en la formulación de un juicio concluyente, que cierra el proceso deliberativo con una representación dominante de una acción futura; aunque en muchos casos se trata de un futuro tan inmediato que se confunde con el momento mismo de la decisión.



La decisión deriva directamente del acto voluntario. Muchas veces se confunden una y otra debido a la inmediatez de la decisión. Para diferenciarlos debemos tener en cuenta que la voluntad decanta por una u otra alternativa considerando múltiples motivaciones que se originan en un proceso que tiene en cuenta diferentes variables.

La ejecución, que por lo general no está constituida por componentes abstractos o ideales sino por acciones materiales; y que, asimismo, tiene primariamente un lugar en el tiempo futuro, ya sea que la ejecución esté constituida por la realización instantánea o muy breve de un acto, o que se configure como una sucesión coherente de actos en distintos momentos del futuro. Esta es una etapa que, normalmente, carece de interés desde el punto de vista filosófico; aunque como elemento de la realidad experimental pueda repercutir en algunos aspectos, especialmente en el enfoque moral o ético.

Desde el punto de vista de la psicología, se formulan diversas observaciones en cuanto a que la voluntad, en definitiva, no constituye en sí misma un estado de la conciencia; como pueden serlo las sensaciones, las imágenes, las ideas, e inclusive los deseos o los estados afectivos. Para algunos filósofos y psicólogos, la voluntad no constituye un aspecto irreductible de la conciencia, sino que es meramente una combinación de juicios y, en consecuencia, una resultante de la inteligencia.

Esta posición ilustra la polémica antigua, respecto de la voluntad, que apunta a estudiar el concepto de la voluntad como un elemento irreductible; como una capacidad abstracta del hombre, considerada en sí misma, cuyo producto son las *voliciones*, pensadas casi como un objeto.

La cuestión de las relaciones de la voluntad con la inteligencia, el deseo, los impulsos, se originaba ya en los albores de la filosofía.

Platón incluiría la voluntad entre las potencias o poderes del alma; considerándola como una facultad intermedia, en su división tripartita del alma y de la sociedad y el Estado. La consideraba ubicada por debajo de la razón que rige o debe regir al hombre, y por encima de los apetitos sensibles o simples deseos. No la consideraba en sí misma como una facultad racional, pero tampoco como una facultad totalmente irracional. Para Platón, el mero seguimiento de los deseos no significaba el ejercicio de la voluntad; el deseo pertenecía al ámbito del alma sensible, pero la voluntad pertenece al orden de lo inteligible.

Para Aristóteles, la voluntad debe tener un carácter conforme a lo racional. Conjuntamente con el deseo, para Aristóteles la voluntad es un *motor*, cuya función es la de mover al alma; sin embargo, ella no se mueve como el deseo, ajena a toda condicionante del intelecto.

En la filosofía medieval, el tema de la relación que debe establecerse entre la voluntad, la inteligencia, y la razón, se encontraba sumamente afectado por los enfoques de la teología; aunque de todos modos, los filósofos cristianos estuvieron guiados muy fuertemente por las ideas de Platón y, sobre todo, de Aristóteles.

Las concepciones de Santo Tomás de Aquino acerca de la voluntad se asentaron sobre las de Aristóteles; sosteniendo que la voluntad del hombre es una facultad estrictamente ajena a la necesidad, que ella es una manifestación del libre albedrío, y que la voluntad es en el hombre una potencia superior a las potencias de la ira y el deseo. La inteligencia es motora de la voluntad por medio de objetos, y la voluntad es motora de sí misma en consideración al fin propuesto; por lo que la denomina *apetito intelectual*.

En la filosofía moderna, se puede observar una tendencia *racionalista* cuyos principales representantes son René Descartes y Wilhelm Leibniz; y una tendencia *empirista* cuyos más destacados representantes son Thomas Hobbes y David Hume.

Para Descartes, decididamente *voluntarista*, la voluntad es la facultad de asentir o de negar el juicio de modo que todo acto intelectual es un acto de voluntad. Leibniz se opone a ese concepto, y considera que la

Comentario [M1]: Buscar imágenes de Wilhelm Leibniz

voluntad tiende a lo reconocido como bueno por el pensamiento, por lo cual solamente puede quererse lo que se percibe por el intelecto.

Para los empiristas, no hay un *apetito racional*, sino que la voluntad vale en sí misma como inicio de la acción. Para ellos, los actos voluntarios no son racionales ni intelectuales, sino acción pura; no encuentran sentido en pensar que hay un acto de voluntad independiente de la existencia empírica de la acción correspondiente.

Immanuel Kant destacó el contenido moral de la voluntad, mencionando el concepto de *la buena voluntad* que posee en sí un valor absoluto, en forma independiente de sus resultados.

El área de la afectividad comprende un grupo de estados de conciencia en los que se suscita una inclinación de atracción o de rechazo hacia diversas sensaciones, ya sean provenientes del mismo sujeto consciente o del exterior; y respecto de las cuales esa inclinación no es resultante de una evaluación intelectual, sino que representa una reacción espontánea y subjetiva respecto de una situación en la que el sujeto consciente asume un papel pasivo.

Los estados afectivos son variados y resulta difícil clasificarlos. A menudo las reacciones afectivas no son unívocas; y frente a ciertas situaciones la conciencia experimenta tendencias contradictorias en las cuales no resulta fácil delimitar sus fronteras.

Entre las principales manifestaciones de la afectividad, se enumeran:

Las emociones. Son estados afectivos de la conciencia que surgen de manera súbita, produciendo una alteración del equilibrio. Se caracterizan porque frecuentemente el estado de la conciencia tiene una inmediata y concordante repercusión somática, generándose reacciones fisiológicas variadas, algunas de ellas detectables exteriormente (sonrojo ante emociones de vergüenza) o no apreciables (el incremento en la producción de adrenalina en las emociones de ira o de miedo)

Los sentimientos. Son estados afectivos que se diferencian de las emociones en que, a la vez que surgen de manera más gradual, y por lo mismo sin una intensidad de alta concentración momentánea, afectan el conjunto de la vida psíquica de manera estable y duradera, y afectan diversos órdenes de las abstracciones mentales, tales como convicciones de valor, convicciones de ideas, y similares.

Suelen diferenciarse *sentimientos de alto nivel o superiores*, y *sentimientos de nivel menor o inferiores*. Entre los primeros, se sitúan los sentimientos de la afectividad duradera como el amor familiar, los

sentimientos éticos, las convicciones estéticas, religiosas o políticas. Entre los sentimientos menores, se ubican estados espirituales de menor intensidad, como el placer que se experimenta con la comida o la bebida, con la música, con el disfrute de un viaje, etc.



Las pasiones. Son estados de la conciencia que participan en cierto grado de la intensidad de las emociones y de la durabilidad de los sentimientos; de tal manera que asumen un sentido muy dominante en la conducta del individuo y conducen a comportamientos frecuentemente poco racionales y extremados. Se mencionan de tal modo el enamoramiento exacerbado, el fanatismo político o religioso, la desmedida ambición de riquezas o de poder. Muchas pasiones asumen una naturaleza obsesiva y, en ocasiones, hasta patológicas, como los celos o las adicciones. Puede decirse que, respecto de las pasiones, existe una regla de proporcionalidad en cuanto a sus componentes; en el sentido de que a mayor intensidad existe un menor respaldo de racionalidad en el comportamiento; y o por consiguiente una menor capacidad de percepción válida de la realidad y sus condicionamientos.

El amor constituye un tema de índole filosófica; tanto desde el punto de vista de su existencia (como un objeto abstracto de la conciencia humana), como desde el punto de vista de su abstracción (como un concepto propio), independiente de la persona humana.

En casi todos los filósofos griegos existen referencias al amor, entendiéndolo como el principio cósmico que gobierna la unión de los elementos naturales. Entre los antiguos griegos, fue Empédocles el primero que haría referencia al amor, considerándolo como uno de los principios que batallaban en el cosmos y que propendía a la unión de los elementos integrantes del Universo.

Platón distinguiría tres clases de amor, el del cuerpo, el del alma, y un tercero que reuniría a ambos. Consideraba que el amor es una oscilación entre poseer y no poseer; y que el amor hacia las cosas concretas es un reflejo del amor a la belleza absoluta, la idea de lo bello. El amor verdadero permitiría al alma ascender hacia la contemplación de lo ideal y eterno. Concepto del cual emana la expresión coloquial *amor platónico* para referirse al amor que idealiza.

Naturalmente, en la filosofía de los escolásticos cristianos, el tema del amor sería tratado en un enfoque fuertemente teológico; identificado con la *caridad* e incorporado con la *fe* y la *esperanza*, en las tres *virtudes teologales*.

El amor humano, analizado como una manifestación de la espiritualidad, sería analizado desde el punto de vista filosófico, especialmente a partir del Renacimiento; por filósofos que lo considerarían una de las *pasiones del alma*, suscitándose tres cuestiones:

Si el amor es puramente subjetivo, en cuanto a si se trata simplemente de un proceso cumplido en quien ama; o si en él participan las cualidades y valores del ser amado.

Si es resultante exclusiva de una estructura psicológica o tiene una autonomía respecto de ellos.

Si constituye un proceso inalterable y alcanza un estado permanente; o si es una mera invención humana y fundamentalmente una creación literaria.



El filósofo Erich Fromm, desde la psicología; Platón desde la filosofía; grandes literatos como Shakespeare, e inclusive investigadores renombrados desde las neurociencias, trataron de definir el amor. De todos los sentimientos que integran al hombre éste es el que más inspiración dio a todas las ramas del arte. Muchos consideran que es uno de los elementos esenciales que definen al ser humano.

Brentano y otros filósofos se ocuparían del tema del amor desde el punto de vista filosófico, sustentando que es un proceso intencional, que trasciende del amador al amado, que es amado en cuanto se le valora en forma positiva. Distingue el amor de la compasión y la piedad, porque en cuanto acto intencional tiene leyes propias, que no son psicológicas sino axiológicas; es decir,

relativas a la teoría de los valores. El amor es un acto personal, que se manifiesta eligiendo o rechazando valores; siendo en este último caso, el odio. En definitiva, el amor no es arbitrario sino selectivo.

Spinoza y Schopenhauer, entre otros, señalarían el carácter de la conciencia de conformar un referente hacia el pasado. Descartes aludía al *remordimiento* como un recuerdo melancólico emanado de la duda acerca de si la conducta que se había ejecutado era correcta o no; agregando que, de no haber existido duda de que era malo se habría abstenido de ejecutarlo, o de no haberlo percibido así pero tener ahora certeza, existiría *arrepentimiento*.

Tanto Sócrates como Aristóteles señalaron la conexión moral de la conciencia; el primero considerando que formaba parte del *demonio* que interviene en la existencia humana, el segundo señalándolo como expresión del sentido moral.

Se han realizado algunas distinciones acerca de la conciencia:

Desde el punto de vista de su origen, se ha hablado de una conciencia innata y de una conciencia adquirida, como originadoras de los conceptos morales contrastados por la conciencia con la propia conducta.

Desde el punto de vista de los principios y valores morales; se distingue una conciencia pseudomoral o egoísta basada en el eudemonismo individual; y una conciencia auténtica que se atiene a principios éticos de validez objetiva y universal.

